

Erwin Schrödinger

Mi concepción del mundo

PREMIO NOBEL DE FÍSICA



Erwin Schrödinger
MI CONCEPCIÓN DEL MUNDO
seguido de MI VIDA

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Meine Weltansicht. Mein Leben*

1.^a edición en Tusquets Editores: noviembre de 1988

1.^a edición en esta presentación: septiembre de 2017

© Ruth Braunizer 1985

Traducción de *Mi concepción del mundo*: Jaime Fingerhut

Traducción de *Mi vida*: Arthur Klein

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-435-3

Depósito legal: B. 14.068-2017

Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

<i>Introducción, por Auguste Dicke</i>	9
Prefacio	17
PRIMERA PARTE. La búsqueda del camino	
1. Acerca de la metafísica en general	21
2. Un enojoso balance	27
3. El asombro filosófico	31
4. El problema Yo-Mundo-Muerte-Multipli- cidad	35
5. La concepción védica fundamental.	43
6. Introducción esotérica al pensamiento científico.	49
7. Más acerca de la no-multiplicidad	57
8. La consciencia, lo orgánico, lo inorgánico, la <i>mneme</i>	67
9. Acerca de la toma de consciencia	75
10. Acerca de la ley moral.	85
SEGUNDA PARTE. ¿Qué es real?	
1. Motivos para el abandono del dualismo de la razón y el ser o de la mente y la materia	95
2. Sólo mediante la comunidad del lenguaje	

podemos llegar a interiorizar la coherencia del mundo	103
3. Acerca de la imperfección en la comuni- cación	121
4. La teoría de la identidad: luz y sombra . . .	135
5. Las dos ocasiones para la perplejidad. La ética sustitutoria	149
Mi vida	157

Acerca de la metafísica en general

Es relativamente sencillo acabar con toda metafísica teórica, tal y como hizo Kant. El más ligero soplo dirigido contra ella la derrumba, no requiriéndose tanto un pulmón fuerte para provocar tal vendaval, como una gran valentía para dirigirlo contra el sacrosanto castillo de naipes.

Sin embargo, no debe creerse que con esto se haya apartado efectivamente la metafísica del contenido empírico del conocimiento humano. Pues, de hecho, resultará muchísimo más difícil, probablemente imposible, poder explicar de forma comprensible incluso la rama especializada más pequeña de una ciencia particular evitando cualquier metafísica. Es entre otros el caso —para mencionar un ejemplo burdo— de la innegable excepción de la importancia más que física —por lo tanto trascendente— de un gran número de hojas de pasta de papel dotadas de manchitas negras como las que el lector tiene entre sus manos.

O, para comprenderlo con mayor profundidad: recuérdese la angustia y el sentimiento de yermo y vacío que invade a todos los que por primera vez comprenden la perífrasis de Kirchhoff-Mach acerca del objeto de la física (y de la ciencia en general): una descrip-

ción de los hechos lo más completa y con la mayor economía de pensamiento posibles; un sentimiento de vacío que no llega a dominarse, a pesar de la aceptación más decidida y alegre que la inteligencia teórica no puede apenas negarle a dicha perífrasis. De hecho —si nos examinásemos de forma sincera y honrada— tener tan sólo esta meta ante los ojos no basta para mantener en marcha el trabajo de investigación en un campo cualquiera. La supresión real de la metafísica convierte al arte y a la ciencia en pétreos esqueletos sin alma, incapaces del más mínimo progreso.

Sin embargo, la metafísica teórica ha sido abolida. El juicio de Kant en este punto es inapelable. El periodo poskantiano de la filosofía —probablemente hasta nuestros días— muestra la agonía de la metafísica entre los más dolorosos espasmos.

Hablando desde el punto de vista de la ciencia, me parece que la tarea poskantiana de mayor dificultad consiste en hacer retroceder la influencia de la metafísica, en la representación de los hechos considerados verdaderos en los diversos campos, mediante la erección de muros que la limiten, conservándola, sin embargo, simultáneamente como apoyo imprescindible de nuestro conocimiento general y nuestro conocimiento individual. El problema lo constituye aquí la aparente contradicción que esto encierra.

Podría utilizarse la imagen de que nosotros, avanzando por el camino del conocimiento, nos tenemos que dejar guiar por la mano invisible de la metafísica, que se alarga hacia nosotros como emergiendo de

la niebla, si bien hemos de estar en todo momento atentos y expectantes ya que un suave y amoroso tirón nos podría desviar del camino y atraernos hacia un abismo.

O mediante otra imagen: la metafísica constituye la punta del estandarte del ejército del conocimiento, los puestos más avanzados durante la penetración en un país enemigo desconocido; son imprescindibles aunque, como todo el mundo sabe, se encuentran expuestos a un grave peligro.

O bien: la metafísica no pertenece al edificio del conocimiento pero, sin embargo, es el andamio de madera al que no se puede renunciar para continuar edificando. A lo mejor está permitido afirmar que la metafísica se transforma con el correr del tiempo en física —por supuesto, no en el sentido en que podía aparecer antes de Kant; o sea, nunca asegurando poco a poco la opinión insegura sino aclarando y modificando el punto de vista filosófico.

La cuestión de cómo aceptar el certificado de defunción de la metafísica se torna más seria y difícil cuando, abandonando la esfera del conocimiento puro, dirigimos nuestra mirada hacia el conjunto de la cultura y con ello hacia los problemas éticos; lo que por cierto nadie vio más claro que el propio Kant, cuya segunda crítica de la razón le debe su existencia.

Occidente ha experimentado en el último siglo un enorme desarrollo en una dirección muy determinada, se ha asentado sobre un conocimiento muy profundo de los fundamentos del devenir espacio-temporal de la

naturaleza (física y química) y se ha basado en ello: creación de una cantidad fabulosa de «mecanismos» (en el sentido más amplio de la palabra), que amplían la esfera de la influencia de la voluntad humana (técnica). Me veo impelido a constatar aquí de forma explícita que está lejos de mi ánimo considerar esto, especialmente lo último, la técnica, como el fenómeno más importante acaecido en Europa durante dicho periodo; considero probable que esta época, que gusta de llamarse técnica, en el futuro se conocerá, por sus luminosos reflejos y sus sombras oscuras, como la era de la teoría de la descendencia (o bien de la idea de la evolución) y la decadencia del arte. Sin embargo, esto sólo de forma colateral, se trata ahora de lo que en este momento actúa con mayor intensidad.

A causa de esta «elefantiasis» parcial otras corrientes de desarrollo de la cultura, del conocimiento, del cerebro occidental, o como se las quiera llamar, han sido descuidadas, incluso más de lo que lo eran con anterioridad, o hasta abandonadas. Sí, parece como si un órgano que se desarrollaba con vigor hubiese ejercido una influencia dañina y atrofiante sobre todos los demás.

Esclavizadas de la manera más vergonzante durante siglos por la Iglesia, las ciencias naturales han levantado la cabeza y, conscientes de su sagrado derecho, de su divina misión, han propinado golpes llenos de odio a su antigua torturadora sin tener en cuenta que aquélla había sido hasta entonces el único guardián encargado de cuidar los bienes más sagrados de

los padres —aunque lo hiciera de un modo insuficiente y descuidando a menudo sus obligaciones.

Lenta e imperceptiblemente el destello de la sabiduría india casi se consumió, destello que el maravilloso rabino, a orillas del Jordán, atizó en brasas vivas que nos iluminaron durante la oscura noche del medievo; palideció el brillo del renacido sol griego, bajo el cual maduraron los frutos de los que hoy gozamos. El pueblo ya no sabe nada de todo esto. La mayoría se ha quedado sin apoyo ni guía. No cree en ningún dios ni dioses, conoce la Iglesia sólo como partido político, y la moral como una molesta limitación que ha perdido todo apoyo junto con el soporte que durante largo tiempo se le fue colocando por debajo, es decir, la creencia en espantajos convertidos en imposibles. Resurgió, por así decirlo, un atavismo general y la humanidad occidental está hoy en peligro de descender de nuevo a un grado de desarrollo anterior y mal superado: el profundo e ilimitado egoísmo alza su sarcástica cabeza y dirige con su puño irresistible, formado por viejos trucos, hacia el timón de un buque que se ha quedado sin capitán.